

Luz en la oscuridad medieval

Guía de visionado de *El nombre de la rosa* (*Der Name der Rose*, Jean-Jacques Annaud, 1986)

La verdad es, seguramente, lo que esconden algunos libros. Sin embargo, también se oculta en un instante de la propia vida que, una vez pasado, jamás se vuelve a recuperar. En la búsqueda de la verdad, hilo conductor de [este ciclo de AulaCine](#), organizado por [CAJAGRANADA Fundación](#), nada puede representarse mejor que el interés detectivesco por descubrir y clarificar unos misteriosos crímenes. Sin embargo, este trabajo va más allá, con un homenaje al conocimiento y la ciencia, siguiendo la estela de Amenábar en la [primera proyección del ciclo](#). En concreto, es una aproximación al sentido aristotélico del conocimiento del mundo y, sobre todo, al *carpe diem*, ese misterio que hace mágico e inolvidable un momento o una persona de la que, con suerte, solo queda el nombre. Esta película, basada en la novela de Umberto Eco, siempre ofrece algo nuevo cuando se vuelve a ver. Y, si se tiene la suerte de verla por primera vez, será realmente inolvidable.

Proyección: **Martes, 23 de enero de 2018**, Teatro CAJAGRANADA, **19 horas**.
Entrada gratuita hasta límite de aforo. Versión Original Subtitulada en Español.

El nombre de la rosa

Director, año: Jean-Jacques Annaud, 1986

Duración: 131 min.

País: Alemania – Italia – Francia.

Guión: Andrew Birkin, Gérard Brach, Howard Franklin, Alain Godard. Basado en la novela de Umberto Eco.

Fotografía: Tonino Delli Colli.

Música: James Horner.

Reparto: Sean Connery, Christian Slater, F. Murray Abraham, Michael Lonsdale, Valentina Vargas, Ron Perlman, Feodor Chaliapin Jr., William Hickey, Volker Preetel, Leopoldo Trieste, Helmut Qualtinger, Elya Baskin, Michael Habeck, Urs Althaus, Vernon Dobtcheff, Andrew Birkin.

Fuente de los datos: [Filmaffinity](#)

Autor de la guía de visionado: [Rafael Marfil Carmona](#), Universidad de Granada y [Grupo Comunicar](#).

“La película que están rodando no es mi criatura”, dijo Umberto Eco durante las sesiones de filmación de este gran trabajo de Jean-Jacques Annaud. El semiótico italiano (ojo a un Umberto de Bolonia que se menciona irónicamente en la cinta) siempre tuvo claro que la comparativa novela-película no tenía mucho sentido, por tratarse de dos textos diferentes. Sin embargo, su interés por esa nueva obra fue constante y el resultado de ese salto del libro a la pantalla, un “palimpsesto”, según expresaban los propios productores, es decir, un viejo manuscrito, borrado parcialmente, sobre el que se ha redactado algo nuevo. Así, el director francés no levantó un acta notarial de cada palabra, pero fue todo lo fiel que pudo. Se permitió, incluso, cubrir algunas lagunas, como la comentada entre autor de la novela y director de la película en torno a las escaleras laberínticas de la biblioteca, que no podían extenderse en llano, ya que se trataba de una torre. Así, el propio Eco propuso urgentemente los laberintos de Escher y las prisiones de Piranesi para solucionar el diseño de unas escaleras que, por cierto, son el complejo entramado de nuestra búsqueda del saber y de la propia vida.

Descubrir la verdad

Es algo que nunca ha estado bien visto. De hecho, sigue habiendo muchos periodistas en el mundo que lo pagan con su vida, como los inocentes frailes que apenas si lograron descubrir, con entusiasmo, que la felicidad, la risa o la comedia pueden ser unas vías para el desarrollo intelectual y espiritual del ser humano. El objetivo de la moral más oscura, apoyada por la Santa Inquisición, era ocultar el segundo libro de la Poética de Aristóteles, dedicado a la comedia, un trabajo que se perdió realmente en la Edad Media, aunque el primer libro sigue siendo un manual de cabecera para los guionistas de cine.

En ese escenario, nuestro protagonista, Adso de Melk, interpretado por un joven Christian Slater, narra en primera persona el recuerdo de la experiencia inolvidable que cambiaría su vida. En ese testimonio, que surge desde dentro de la propia historia, es absolutamente imprescindible el carisma del personaje creado por Eco, Fray Guillermo de Baskerville y, sobre todo, la interpretación magistral de Sean Connery. La

referencia casi literal a Sherlock Holmes, a través de una de las obras más famosas del detective inglés, no deja lugar a dudas sobre una de las claves del éxito de esta historia: abordar la complejidad de la filosofía en la Edad Media a través de una apasionante trama de intriga y crímenes, policial podríamos decir. En ella, además, una de las claves es la esencia de la propia vida, de momentos, vivencias o emociones que solo dejan como huella desdibujada un nombre. A veces ni eso. Una reflexión sobre el *carpe diem*, la importancia de vivir cada momento y, sobre todo, lo que fue el nominalismo al particularizar, al asociar una palabra a la intangibilidad de verdades y emociones tan intensas. La vida, en este sentido, siempre fue líquida. Esta película de acción explica la Edad Media de una manera excepcional.

Ambiente grotesco

Es cine europeo, de autor en cierto sentido. Queda al margen el preciosismo épico de Hollywood. Esto hace posible que algunas realidades se muestren en toda su crudeza. La prueba es la selección de personajes especiales, de aspecto grotesco. Algunos tuvieron que quitarse sus empastes para parecer, de verdad, frailes medievales. La sangre, el barro, las vísceras y el frío se dejan sentir en una película realista y muy bien documentada para ser veraz, además de parecerlo. Todo ello, en un escenario creado gracias a los 45 millones de marcos de la época.

No quedó ni siquiera el nombre de los minutos junto a aquella joven que, nuestro protagonista, no olvidó en toda su vida. Finalmente, solo permanece la ausencia. Toda una carga filosófica de profundidad que se sugiere de forma brillante. En la posproducción, se omitió la frase pronunciada por Guillermo de Baskerville: “Todo lo que queda de una rosa muerta... es su nombre”, asociada al beneditino Bernard de Morlaix. Eso que parece casual es lo que nos lleva a comprender la película, ya que todo el metraje se basa en una batalla entre razón y superstición, ciencia y religión, como si esta segunda película del ciclo fuera, realmente, una continuación de la búsqueda de Hipatia de Alejandría unos cuantos siglos antes. También está relacionado el sentido didáctico de un maestro con su aprendiz. Todo un modelo de enseñanza y sabiduría que, precisamente en la Edad Media, antes de la educación institucionalizada, encontraba refugio en el modelo dialógico y en el sentido humano de la instrucción en un oficio, única salida al caos absolutista de una sociedad anclada en la superstición. Monasterios, torres con laberintos, paisajes con nieve, hábitos espartanos de religiosos y un paisaje de suciedad y pobreza estaban ya presentes en el medio audiovisual mucho antes de la llegada de Juego de Tronos, en una línea que, seguramente, es deudora de estas referencias fílmicas, ya clásicas, pero resistiendo el paso del tiempo.



De izquierda a derecha: Guillermo de Baskerville (Sean Connery) luce unos anteojos que son toda una novedad tecnológica en la época; Nuestro protagonista, Adso (Un jovencísimo Christian Slater), recibe dos influencias determinantes, las de su maestro, emulando casi a un Sherlock Holmes medieval y, la más importante, el instante de felicidad, con la actriz Valentina Vargas representando a una pobre joven del pueblo.

Ver y pensar. Tres aspectos en los que fijarnos:

- 1. Ambientación y recreación de la Edad Media.** En su momento, fue uno de los ejercicios más realistas, que no disimulaban el aire grotesco de determinados lugares. Para ello, un espectacular decorado y la participación, más que creíble, de 18 actores principales y 30 secundarios.
- 2. Se combina una trama de acción con la profundidad filosófica.** Seguramente, la versión fílmica simplifica, aunque ya es, en sí misma, un estilo de gran peso y contundencia intelectual. Sin embargo, podría ser la historia de la investigación de unos crímenes o del amor entre dos jóvenes. Dicho así, suena mucho más sencillo.
- 3. Interpretación de actores.** Además del maestro Sean Connery, el protagonista estaba representado por un joven Christian Slater que, realmente, se sintió tenso y cautivado al conocer en el casting a Valentina Vargas, lo que refuerza la credibilidad de algunas escenas, cuyo sentido cálido se potencia con una iluminación y dirección de arte extraordinaria.